

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

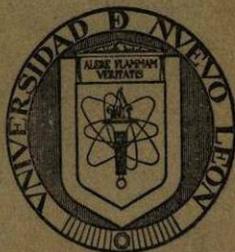
"ALFONSO REYES"

HEMEROTECA



*Capilla "Virgen"
Biblioteca Universitaria*

7



Dof

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1966

Conclusión.

Este esfuerzo por ir más allá de las estructuras, la "sociología" de los fenómenos, se encontraba en otros dominios de la historia, como el de la historia política o la historia literaria. Para este último remitimos al hermoso libro de Robert Ellrot sobre *Los Poetas Metafísicos Ingleses*, publicado en París hace tres o cuatro años.

Lo importante era mostrar que después de haber pasado por el romanticismo absoluto de las filosofías del devenir —todo pasa, nada permanece— el pensamiento occidental en ciencias humanas ha vuelto a encontrar la idea clásica de la Universal naturaleza. Mientras que estas dos posiciones se tomaron en el pasado, parecían deber coexistir en la explicación, para la nueva generación de nuestros sabios, formando como los dos pilares de esta explicación. Ser a la vez clásico y romántico, sabio de lo uno y de lo múltiple, es el medio de hacer progresar más las ciencias humanas hacia un paso decisivo.

Enero, 1965.

Traducción de ALFONSO RANGEL GUERRA

LOS HISTORIADORES GRIEGOS COMO DRAMATURGOS

PROF. DR. PEDRO LUIS HELLER
Instituto Panamericano de
Geografía e Historia

I

1. No sin razón habrá dicho *Aristóteles*, en su *Arte Poética* (Cap. 9): "Evidentemente no es tarea de poeta decir lo sucedido, sino lo que podría suceder según verosimilitud o necesidad...; y del poeta se distingue el historiador... por decir éste lo sucedido, pero aquél lo susceptible de suceder. Por eso también la poesía es cosa más filosófica y seria que la historia; pues la poesía enuncia más bien lo universal, y la historia lo particular. Es universal, o sea a quién sienta hablar u obrar de tal modo según verosimilitud o necesidad, lo que persigue la poesía, inventando los nombres, y es particular lo que hizo o sufrió Alcibiades". "Pero luego añade el mismo *Aristóteles*: "aún si dramatizarse sucesos reales, el poeta no dejará de ser tal; pues nada impide que algunos de esos sucesos sean tales como puedan producirse según verosimilitud, captando la cual un autor se vuelve poeta de los mismos". (Veremos más adelante que esta salvedad alcanza a justificar la tesis sostenida por nosotros). En capítulo posterior (23) *Aristóteles* precisa la diferencia entre ambos géneros literarios con claridad aún mayor: "respecto de la exposición e imitación métrica es manifiesto que las fábulas deben componerse dramáticamente como en las tragedias, a saber en torno a una sola acción completa y acabada que tenga principio, medio, fin... y no asemejarse a las composiciones históricas, donde es necesario desarrollar no una sola acción sino un solo (período de) tiempo, es decir todo lo que sucedió durante el mismo entorno a uno o varios personajes, mediando entre cada suceso y los demás el simple azar. Y tal como por los mismos tiempos se produjeron la batalla naval de Salamina y la lucha siciliana contra los cartagineses sin que las dos convergieran

hacia un mismo fin, así también se producen a veces en etapas sucesivas, sucesivos sucesos sin constituir unidad alguna”.

2. No obstante dicha definición aristotélica, cabe demostrar que los máximos historiadores griegos no sólo intercalaron episodios dramáticos en sus obras monumentales (y no sólo recurrieron a la técnica dramática en importantes partes de su exposición), sino fueron impulsados a componerlas por concepciones netamente dramático-trágicas. La historia que ellos escribieron, lejos de ser concebida como sucesión casual de hechos incoherentes, lo era muy al contrario como unidad orgánica, con principio, medio, fin, con enlace, vuelco, desenlace; historia cuyo interés radicaba en el despliegue de un conflicto trascendente, originado por un choque necesario y llevado a su apogeo por los protagonistas de acuerdo con el juego verosímil de la psicología humana. Para los griegos, la humanidad no era ni juguete pasivo de poderes sobrenaturales e inescrutables, ni forjadora omnipotente de un progreso infinito; la historia ni era un vaivén de mareas altas y bajas, un sucederse perpetuo de acontecimientos siempre similares, ni tampoco el lógico resultado de proyectos bien calculados. Demasiado les valía la libertad del hombre para admitir su degradación a simple eslabón de cadena; pero demasiada les parecía, asimismo, la dependencia del hombre para creerlo capaz de transformar el universo a su antojo. La originalidad de los helenos consistió en reconocer que cada ser humano, cada fenómeno humano y, sobre todo, cada pleito interhumano son a la vez únicos y universalmente válidos. Tal como la naturaleza (*physis*) de las distintas regiones climáticas-geográficas-antropológicas resultaba ser investigable (*historeté*), así también la naturaleza de las diferentes constituciones estatales (*politeiai*) y de las mutuas relaciones conflictuales entre las póleis; y siendo lo “político” la preocupación esencial de los griegos, este estudio debió convertirse entre ellos, forzosamente, en su “investigación” (*historia*) por excelencia.

3. Intuida la existencia de leyes, surgió la pasión por “reconocerlas” (*anagnórisis*) en los sucesos reales. Para ello no bastaban los escuetos anales (*horoi*) ni los relatos de fundaciones locales (*Ktíseis*), sino que debía enfocarse un momento de “detenimiento” significativo (*epoche*). Vale la pena oponer el concepto de “epocal”, coincidente en este sentido con “eónico”, al de “efímero”. Bien sabía *Píndaro* (*Pítica VIII*, última época) que los hombres somos “epámeroi” y “sueños de sombra”; a pesar de lo cual opinaba que, bañados por resplandor divino (*aigla diósdotos*), nos envuelve una “dulce eternidad” (*méilichos aión*). Semejantes instantes de esplendor, constituyendo “detenimiento” (época), interrumpen la sombría fugacidad del tiempo. Los tres momentos, o sea las tres épocas decisivas en la evolución de la antigüedad clásica

encontraron cada una a su historiador congenial que supo “reconocer” (*anagnórisein*) su significación “epocal” (*aionikón*): el choque entre el Asia despótica y la Europa “demótica”, a *Herodoto* de Halicarnaso; el choque entre Esparta reaccionaria-rural-continental y Atenas progresista-mercantil-marítima, a *Tucidides*; el triunfo final de Roma sobre las potencias rivales, a *Polibio* de Megalópolis. En opinión impregnada de emotividad intelectual de los tres escritores nombrados, cada uno de aquellos tres sucesos marcaba el desenlace de un drama que llenara el escenario ecuménico (internacional) durante una “época” de 50 años aproximadamente; por tanto, el término *pentekontaétis*, referido por *Tucidides* al período intermedio entre la expulsión de los persas y la guerra del Peloponeso (480-430 a.C.), es aplicable en forma análoga a las épocas dramáticas ilustradas, respectivamente, por su predecesor *Herodoto* (desde el sometimiento del Asia Menor hasta después de Maratón: 535-485) y por su lejano epígono *Polibio* (desde la caída de Sagunto hasta la batalla de Pidna: 218-168). Y en cada una de dichas épocas no hubo solamente, hablando a lo *Aristóteles*, una mera unidad de tiempo ni tampoco un sucederse de sucesos accidentales, sino —como en las tragedias— unidad de acción acabada.

4. No cabe duda que esos tres historiadores prominentes, dadas las circunstancias dispares de su origen, formación e idiosincrasia y, de los respectivos argumentos de su investigación, representaban —o mejor dicho *creaban* (*epoionto*)— modalidades bien diversas de escribir historia. No pueden imaginarse antípodas más pronunciados que *Herodoto* el fabulista ameno (tildado de “*mythodes*” por *Tucidides*), amante de anécdotas y digresiones extra-históricas, imbuido de creencias religiosas, hijo directo de la epopeya heroica, no ya desprovisto sino desconocedor de experiencias estratégicas políticas económicas, y, por su parte, *Polibio* el “pragmático”, estadista de alcurnia, diplomático, militar y jinete, reacto a lo fantasioso y verboso pero ponderador sagaz, de necesidades materiales. Sin embargo, ni deja el primero de razonar en todos los asuntos, ni de ser intuitivo el segundo con respecto a las causas latentes: ambos arrancan de una visión integral (*Kathólou*) del “mundo habitado” (*oikouméne*, es decir de la civilización) explorando el griego del siglo quinto la debilidad del ya declinante imperio persa, y el griego del siglo segundo la fuerza del aún incipiente imperio romano. Recoge el microasiático, colocado por nacimiento entre Asia y Grecia, la asombrosa herencia de las culturas milenarias del Nilo y de Mesopotamia; vislumbra el peloponesio, colocado por el destino entre Grecia y Roma, la estructuración interna de la cultura occidental de los milenios venideros. Entre ambos, equidistando de ambas mentalidades, el ingenio agudo del ateniense comprende con introspección infalible la trascendencia del conflicto interhelénico que le tocara vivir y sufrir,

el cual —como hoy lo sabemos— nada menos significaba que la quiebra irremediable de la civilización helénica. Los tres, por manejar la palanca de aquel espíritu desprejuiciado, observador objetivo, distanciado, de realidades aparentes, accesible a relaciones auténticas, que ha hecho de los griegos antiguos los revolucionarios permanentes contra intenciones siempre redivivas de violar la Naturaleza, lograron pues elevarse por encima de su propio tiempo y ambiente, persuadidos de la gravitación educativa de sus “investigaciones” absolutamente originales.

5. *Herodoto* (Tal vez 485-425), tras de un prólogo breve pero sabroso, donde en manera picaresca atribuye los primordios del conflicto entre Europa y Asia a recíprocos raptos de mujeres, hace comenzar la “acción” (praxis) casi como la *Iliada* y la *Odisea* —en vísperas de la “peripecia”—, o sea con la incorporación a Persia de la semi-helenizada Lidia regida por Cresos y, posteriormente, de los griegos litoreños del Asia Menor, trampolín del asalto a la Hélade peninsular. Después de haber presentado la biografía trágica de Cresos, se remonta atrás como lo hace el relato (apólogos) de Ulises en la corte de los feacios a los comienzos de la dominación medo-persa, narra la fundación del imperio por Ciro el Grande, asegurada a raíz de su entrada en Babilonia, pasa luego a la conquista de Egipto bajo el mentecato Cambises, extendiéndose sobre geografía, etnografía e historia propiamente dicha de ese misterioso país e intercalando paralelamente, con la tragedia de Polícrates tirano de Samos, un nuevo barrunto del destino que amenazaba a la Hélade entera. Con el advenimiento de Darío, su avance hasta la Libia en Africa y hasta Macedonia en Europa parece, desde el sur y desde el norte, cerrarse una tenaza inexorable sobre la pequeña península; pero aquí —como en aquella arremetida de Héctor contra las naves aqueas— queda retardado el desenlace gracias a la rebelión de los jonios instigada por Aristágoras e Histieo, retardado más tarde también por el revés importante pero no terminante que experimenta el ejército de Darío en la batalla de Maratón (490). Y ahora por fin el cuarto Rey de los Reyes, Jerjes, prepara por tierra y mar lo que considera, no sin razones, el golpe de gracia; pero entonces en el penúltimo libro (el octavo) sobreviene la gran peripecia, el vuelco total de la fortuna en el combate naval de Salamina y luego en el campal de Platea (480 y 479): en el penúltimo libro; pues en el último, al igual que en los últimos cantos de las epopeyas homéricas y en los últimos actos de la dramaturgia ática, se aquieta la intensa acción con el reflujo de las fuerzas bárbaras hacia sus tierras nativas.

6. Tal es la trama general del drama herodoteo, al cual por cierto no faltan ni principio (arché) ni medio (mésa) ni fin (télos), como tampoco ni enlace (désis) ni peripecia (peripétia) ni desenlace (lysis); y ni siquiera por parte

del invasor, la anagnóristis del fatal error cometido, atribuible a su propia soberbia (hybris). Lo demás son episodios, cuentos, anécdotas, comentarios marginales; algunos de los cuales bien pueden —como las distintas partes de la *Iliada*— haber sido compuestos de antemano, procedentes de fuentes diversas, pero, nuevamente como en el drama de Troya, el hecho de poder comprobarse su composición de piezas originariamente independientes, no disminuye sino incluso acrecienta el mérito dramático del arquitecto de la obra completa. Creemos que no sin justicia se le ha dado al genial narrador de Halicarnaso el título de “padre de la Historia”; en efecto, al reconocer en la magna gesta cumplida por la generación de sus padres, la culminación de un destino desde tiempo incubado en la “naturaleza” de poderes y caracteres antagónicos, *Herodoto* fue el primero en “descubrir” la historia como tensión constante, como actualización de conflictos inevitables, en otras palabras: como *drama* ya sea en potencia, ya sea en acto. Recién a partir de *Herodoto* existe una conciencia histórica, por haber él conferido un sentido inmanente a lo actuado por los hombres sobre la tierra; pues no hay verdadera historicidad para quienes esta vida terrenal no es más que un tránsito breve entre dos regiones ignotas, y al hombre, en el mejor de los casos, le incumbe el precepto moral de purificar su alma. Para quienes así realmente seamos “sueños de una sombra” no podrá haber historia ni tener interés alguno. Si *Aristóteles* dice, en el lugar citado, que “Herodoto podría ser puesto en metros, pero con o sin versos la suya jamás dejaría de ser historia”, nos es lícito objetarle que un historiador inspirado por tamaña concepción dramática no ha de ser aquilatado, con toda su prosa deliciosa, como menos poeta que *Homero*.

7. Diríamos que dicha observación aristotélica alcanza, en cambio, sí al cuarto clásico griego cuya obra se conserva hasta hoy y quien, a pesar de su estilo ágil en vida y verba no merece ser calificado de dramaturgo de la historia; diríamos que *Jenofonte* (435-354) no pasa de relatar, en su llamada *Anábasis*, una aventura interesante e instructiva, ni demuestra haber captado, en sus “historias helénicas”, el quid del trágico decaimiento de la Grecia del siglo cuarto. Bajo este aspecto, dramaturgo del ocaso recién aludido sería más bien *Demóstenes*, con su afán apasionado e inútil de restaurar la hegemonía ateniense. En la lucha oratoria de *Demóstenes* contra la supremacía de Macedonia, se yergue por última vez un anhelo elemental por no dejarse arrebatar las riendas del propio destino; y la conciencia hosca de su probable frustración capacitó al ingente retórico para iluminar hasta el fondo las causas del descalabro nacional. No nos parece una mera coincidencia que la figura del Magno Alejandro haya carecido de un historiador condigno; pues fue un Aquiles a quien no se enfrentaba, entre los suyos, un Agamenón ni, entre los enemigos, un Héctor. Su muerte un siglo más tarde, cuando Cartago y Roma

se asomaban al plano mundial, habría tenido acaso las características de la tragicidad; pero en sí la muerte, incluso la prematura, no configura un hecho trágico.

8. Mas aun sin tener un Alejandro entre sus protagonistas, aquella contienda suprema —en torno al año 200 a.C.— por el dominio de la “oikouménē” (del mundo civilizado) encontró a su cabal intérprete, calificable sin duda como el postrer heleno auténtico, pues de los historiadores que escribieron después de él, ninguno ha sido más que un literato con mayor o menor espíritu. *Polibio* el aqueo, en efecto (204-122), y no un escritor latino, tuvo preclara visión de la conjunción de causas remotas, motivos contingenciales y pretextos momentáneos que condujo y debía conducir según verosimilitud o necesidad a que la república romana prevaleciera en definitiva entre las potencias rivales alrededor del Mar Mediterráneo; y es lástima grande que, de los 40 libros de su obra colosal, no nos queden más que los 5 primeros amén de algunos fragmentos. El autor, tras de haber insistido en que, por primera vez en la historia, se hallaban entrelazados los sucesos políticos de todos los teatros del mundo a partir de la Olimpiada 140 (219-216), culminando en evolución paralela —al cabo de 50 años— con la victoria romana sobre Perseo de Macedonia en la batalla de Pidna (168), eligió esta “época” repleta de hondo interés dramático como centro de sus indagaciones. Con respecto a ella, lo demás constituye ya sea su prólogo (los libros 1 y 2: desde la ocupación de Roma por los galos en 387) o su epílogo (los libros 31 a 40: hasta la destrucción de Corinto en 146). Dice *Polibio*, textualmente (libro 1, 3), que a partir de la Olimpiada señalada la historia se ha vuelto “orgánica, por enlazarse los sucesos itálicos y africanos con los del Asia y de Grecia, pudiendo todos los hechos ser referidos a un único punto”; y atribuye la razón última del triunfo de Roma a su *constitución* superior, analizándola al por menor en la parte conservada del libro VI. Al historiador, por ende, no atrajo la multiplicidad sino la organicidad de los acontecimientos; cuyo desenlace no explica con razones externas y fortuitas, sino internas y psicológicas: pues la constitución (politía) significaba para los helenos —y ciertamente no sólo para *Platón*— el alma de los Estados.

9. La situación sustancial se le planteaba del modo siguiente: Convertida Roma en dueña de Italia y parte de Hispania, fatalmente debía producirse su choque con el imperio marítimo de Cartago. Atribulada Roma, en la segunda guerra púnica, por el ejército victorioso de Aníbal, pudo el diadoco macedónico —Filipo V—, aliado de la Liga Aquea, neutralizar —en la llamada “guerra social”— el poder de la revoltosa Liga Etólica (paz de Nau-pacto) y proyectar una invasión de Italia. Distraídas de esta suerte las grandes

potencias de Europa, quedaban libres Rodas para lanzarse contra Bizancio y, sobre todo, el diadoco egipcio —Ptolomeo IV— para atacar, vencéndolo en la batalla de Rafia, a su congénere sirio Antíoco III, el cual a su vez más tarde logró extender su reino hacia el norte, asaltando la ciudad de Sardes. Pero eliminado el dominio cartaginés, los romanos, tras de arrollar la Hélade bajo Quincio Flaminia, llegaron ellos hasta el Asia Menor, triunfando sobre Antíoco en la batalla de Magnesia. Y aunque luego, con desesperada rebeldía, levantóse en armas el Peloponeso unido, incrementóse de nuevo la fuerza de Rodas y dirigióse Antíoco IV contra Egipto presa del caos, quedó con la derrota de Perseo, rey de Macedonia, a manos de Emilio Pablo en la batalla de Pidna (168), instaurado definitivamente el predominio de Roma entre todas esas potencias contrincantes. Frente a hecho tamaño, no eran más que “operaciones de limpieza” tanto la lucha romana contra los pueblos celtíberos en el Oeste, como en el Sur la destrucción total de la ciudad de Cartago, como en el Este la destrucción vandálica de Corinto (146). Tal, pues —en líneas muy someras— el drama concebido por *Polibio*.

10. Ahora bien, nuestro concepto del historiador como dramaturgo aparece desmentido, a más de por *Aristóteles*, por el propio *Polibio* cuando (en el libro 2,56) aconseja que “el historiador no deslumbre al lector contando portentos, ni vaya en busca de discursos que *puedan* haberse pronunciado, ni pase revista a las circunstancias concomitantes, como lo hacen los poetas trágicos, sino que mencione a la luz de la rígida verdad los hechos y las palabras aun cuando resulten completamente banales; ya que la finalidad de Historia y de Tragedia no es idéntica, sino opuesta. En efecto, el poeta trágico debe, con discursos bien persuasivos, consternar y seducir momentáneamente a los auditores; en cambio, el historiador debe, con las acciones y palabras correspondientes a la verdad, enseñar y convencer para siempre a los estudiosos. Pues en la tragedia prevalece lo verosímil aun cuando sea falso, siendo su finalidad crear una ilusión en los espectadores; al paso que en la historia se impone la verdad para utilidad de los estudiosos”. Esta disquisición polibiana, de fuerte sabor isocrático (por el equilibrio estudiado entre las partes anti-téticas de cada oración), demuestra únicamente que el autor del segundo siglo, hombre de acción, escritor apegado a los hechos —“pragmatikós”, como él mismo gusta de estilarse— poco entendía de la tragedia ática del siglo quinto, la cual no había pretendido suscitar ilusiones “falsas” para entretener a sus espectadores con cuentos de susto; sino al contrario introspecciones certeras para enseñarles, por detrás de realidades aparentes, la verdad genuina. Pero la obra polibiana misma nos demuestra cuánto había aprendido su autor en la escuela de la dramaturgia y aun de la epopeya helénicas sin darse cuenta de ello, puesto que dice (en el pasaje ya citado antes, libro 1, 3), que con

anterioridad a aquella Olimpiada “los acontecimientos... carecían de cualquier unidad de concepción, de actuación y de lugar”. De tales términos se serviría un régisseur para rechazar el manuscrito de un dramaturgo bisoño. Unidad de concepción se le exige a una mente creadora, o sea a un poetas; unidad de actuación se le exige a un elenco de actores o músicos; y la exigencia de una unidad de lugar recuerda el aristotélico “toûto dé eusynopton êinai” (eso ha de ser bien abarcable para la vista) del cap. 7 de la “Poética”. A *Polibio* le interesaba la “época” referida por ostentar justamente los rasgos negados a la historiografía por el fundador del Liceo: a saber, por “mediar (en ella) entre cada suceso y los demás otra cosa que el simple azar, convergiendo todos ellos hacia un mismo fin”.

Más difícilmente que las de *Herodoto* podrían verse en metros las Historias del megalopolitano; pero aun éste, con su estilo casi castrense, se revela como poeta cuando canta (en VI, 51) el tríplice ritmo inherente a todas las repúblicas y empresas “como a seres vivientes”: crecimiento —florecimiento— decaimiento, vaticinando sin otro fundamento que esa prístina especulación, archihelénica antes que spengleriana, el inevitable ocaso del por nadie tanto como por él admirado Imperio Romano.

II

TUCÍDIDES COMO HISTORIADOR DRAMATURGO “KAT'EXOCHÉN”

1. Basados en lo que hemos expuesto —y tratado de ilustrar— durante nuestra conferencia anterior, nos urge hoy aclarar con la mayor nitidez posible en qué consistió ese trascendental enfoque dramático trágico que del hombre como ente social y político (zoôn politokón) tenían los griegos antiguos; cuya originalidad reside en haber sabido hacer abstracción de las circunstancias inmediatas y los intereses subjetivos que suelen motivar y activar nuestro pensamiento en cada instante. Los griegos encontraron, así, el punto arquimédico o sea la plataforma desde donde podemos asistir a todos los acontecimientos —inclusive a los que nos involucran— como a un espectáculo que se desarrolla ante nuestra vista en escenario distanciado de nosotros mismos sin dejar, empero, de afectarnos incluso cuando no nos involucre personalmente. En este sentido deberemos interpretar el ya mentado párrafo aristotélico donde el filósofo afirma (Poética 9) que “nada impide que algunos sucesos reales sean tales como puedan producirse según verosimilitud, captando la cual un autor se vuelve poeta de los mismos”, siendo —como dice poco antes— “la poesía una cosa más filosófica y más seria que la historia”. Si no nos llamamos a engaño,

expresa, en el fondo, *Aristóteles* que el historiador, para verdaderamente captar la esencia de sucesos reales, deberá poseer las cualidades de un dramaturgo (poietés), pues sin ellas no pasará de ser un simple analista o cronista de sucesos aleatorios, aunque simultáneos o sucesivos, escapándole por completo su oculta relación recíproca, la dramática tensión del conjunto, vale decir: su necesidad y su entrañable verosimilitud. Historiador de vocación, historiador-poeta será aquel que reconozca, en sucesos vividos ya sea por él y en su tiempo o por otros y en otros tiempos, un drama objetivo, susceptible de reproducirse con características análogas en análogo clima psicológico; un drama cuya objetividad, sin embargo, no obste para afectar a los lectores de cualquier época, justamente por esa su validez universal. El historiador consumado no habrá, por ende, de ser menos afectivo que objetivo; dos rasgos que tienden a excluirse mutuamente, y de hecho se excluyen casi siempre cuando el relator de los sucesos los ha vivido como actor y testigo.

2. Pues bien; se cumplió tal milagro, a la par que aquel postulado sugerido —según nos parece— por la definición aristotélica, en la figura cumbre de la historiografía griega y aun la de todas las edades, hijo de la república que, de acuerdo a sentencia puesta por él en boca de Pericles (2, 41, 1), era “institutriz de la Hélade” (tês Helládos páideusis), coetáneo de la trágica peripecia de la civilización helénica: *Tucidides*, quien quizá naciera antes del año 470 a. C. y muriera por el 399, año de la muerte de *Sócrates*. Ciertamente, el interés perenne de su obra emana de la dramaticidad del propio argumento: la guerra del Peloponeso; mas, con todo, cabe dudar que su importancia hubiese llenado la conciencia histórica de los siglos y milenios posteriores, si no hubiera sido a su vez “descubierta” —en su estructura compleja— por un dramaturgo de semejante talla, quien (valga de nuevo *Aristóteles*) convirtiéndose en poietés de los sucesos reales. Acude a nuestra memoria aquel dicho de Fausto de que “aun cuando los necios tuvieran la piedra filosofal, le faltaría a la piedra el filósofo”. Heleno hasta las raíces, sabía y experimentó *Tucidides* el axioma heraclítico de que “la naturaleza ama ocultarse” (physis philei kryptesthai); pues con haber sido inmenso su esfuerzo por reunir los hechos patentes, son empero los hechos latentes cuyo reconocimiento exacto ha llevado, en el proceso místico-epóptico de sus investigaciones, a la epifanía de verdades sobrecogedoras. El juego antitético de los adjetivos “latente” y “patente” (correspondientes a los griegos “aphanés” y “phanerón”) figura notoriamente en el pasaje siguiente (1, 23, 6): “... pues como causa la más verdadera, pero confesadamente la más latente, considero que los atenienses, deviniendo grandes e infundiendo miedo a los lacedemonios, los obligaron a hacer una guerra; mientras que los motivos patentemente declarados por ambos bandos, quienes con ellos rompieron el pacto e iniciaron la guerra, eran los siguientes:...” A lo cual sigue la exposi-

ción de los dos sonados "affaires" de Corcira (24-56) y de Potidea (56-66). Pero luego, en el transcurso de la obra, se patentiza como causa aún más verdadera la inconciliable duplicidad de la idiosincrasia latente en todos los griegos, si bien simbolizada por los dos centros antagónicos: Esparta y Atenas; pues las eternas "dos almas" convivían también en el pecho de cada griego, en el seno de cada ciudad: la progresista, democrática, mercantil, expansionista y la conservadora, oligárquica, ruralista, reconcentrada. Y esta doble tendencia hizo que, por ejemplo, en Atenas existiera una influyente capa "laconizante", la cual en definitiva originó su ruina. Así, la conflagración fratricida se debía menos al choque material de dos potencias que al conflicto espiritual de dos mentalidades, las cuales tenían ambas su profunda razón de ser: conflicto íntimo, inevitable y, por lo tanto, trágico.

3. Había surgido de nuestro análisis (efectuado el año pasado) de la tragedia ática que la grandeza del pensamiento griego se debió —fundamentalmente— a su índole dialéctica, transluciendo la plena verdad, dentro del mundo aparente, siempre a través de fenómenos antitéticos; y que, como este juego antagónico de la naturaleza celosa por ocultarse en nada nos intriga tanto como en el prisma falaz de las relaciones interhumanas, había lógicamente la Tragedia de llegar a ser la flor suprema del espíritu creador de los helenos. Ahora bien: ningún Sófocles habría podido idear un pleito más cargado de tragicidad que la contienda entre Atenas y Esparta, por su origen, desarrollo, desenlace, por su tejido entreverado, por sus situaciones paradójales, por sus personajes contradictorios, por su hybris y némesis, por su acción tan eficazmente retardada, por su a ratos ofuscada pero a la postre cristalina unidad orgánica. Después de la victoria común sobre los invasores persas (480/479), los espartanos, aunque recelando del novel poder de Atenas con su propensión "innovadora" (neote-roipoia), dejaron que ésta asumiera la dirección de las precauciones helénicas frente al imperio derrotado, entre otras razones por "temer que los que salieren (de Esparta) sean echados a perder" —como se expresa el gran etopéyico (diseñador de caracteres) Tucídides (1, 95, 7); gente cerril, maniatada desde hacía dos siglos por la servidumbre perpetuamente precaria de sus vecinos los mesenios. Esta preocupación doméstica, esta desconfianza huraña para con empresas y caras nuevas, esta falta de mundo lacedemónicas continuaron siendo la tónica inalterable durante toda la guerra; en la cual los espartanos, paradójicamente, fueron obligados a entrar (año 431) bajo la presión constante de las repúblicas marítimas deseosas de sacudir el yugo cada vez más duro de la Liga Atica, ganándola —como quien dice— contra su voluntad al cabo de 27 años, en cuyo decurso reiteraron con insistencia, hasta poco antes de su triunfo final, sus proposiciones de paz. Con atiquísima ironía, el historiador comenta —a propósito de no haber aprovechado los espartanos su victoria rotunda en la

vecina Eubea (año 411) —que "no sólo en esa ocasión los lacedemonios fueron los adversarios más convenientes para los atenienses; pues difiriendo extremadamente por su carácter —los unos rápidos, los otros lentos, emprendedores los unos, inoperantes los otros— aquéllos favorecían muy especialmente a una potencia naval" (8, 96, 5). Una vez terminada la guerra con la "rendición incondicional" de Atenas (año 404), los espartanos por cierto no desaprovecharon la oportunidad para demostrar su falta absoluta de vocación para asumir la hegemonía de Grecia.

4. Entre tanto los mejores aliados de Esparta eran los oligarcas atenienses, terratenientes del Atica expuesta a devastaciones, industriales armadores o mercaderes opulentos, quienes detestaban la guerra al igual que los lacedemonios; si estos últimos nada esperaban ganar, ellos mucho temían perder. Pues el triunfo de Atenas, de cuya enorme probabilidad ni unos ni otros dudaban al estallar las hostilidades, habría acarreado una democratización general, vale decir, para los espartanos, el fin de su régimen y dominio artificiales, y para los atenienses, el fin del resto de la influencia retenida por los círculos adinerados y seguramente algún reparto de sus riquezas entre el pueblo común. Así, por el efecto contrastante de factores externos e internos, Atenas, destinada a triunfar gracias a la superioridad de sus recursos materiales e intelectuales, era alentada a luchar por la indecisión e inercia lacedemónicas, pero al mismo tiempo menuada en su eficacia y retardada en su acción por el acogimiento simpático que halló en su seno libérrimo la antipatía de los propios aliados. El rutilante edificio de Pericles cayó víctima, no de Esparta, sino de la híbrida pretensión de cimentar sus libertades democráticas mediante el esclavizamiento progresivo de las demás repúblicas griegas. La "hybris" de tal pretensión, acrecentada por el estadista nombrado en su intento de embellecerla con palabras idealizadoras, clamaba —y esto se percibe de entrada en la obra tucididea— por una "némesis" correspondiente, insinuada (como al comienzo de la Ilíada) por pestilencia siniestra que fulminó al mismo orador, acentuada luego por la ceguera (áte) de cometer crueldades innecesarias (los episodios de Lesbos y de Melos) y de entregarse a malevolencia suicida (el doble proceso contra Alcibíades; la condena a muerte de los jefes vencedores en las Arginusas) y, finalmente, remachada por los múltiples gestos soberbios de desconsiderar ofrecimientos ventajosos de paz.

5. Con la paradoja de las situaciones, corre pareja la contradictoriedad de los personajes. Ya en el prólogo (libro 1, la "Pentecontaecia"), los dos libertadores de la Hélade, Pausanias el espartano y Temístocles el ateniense, perecen execrados como traidores de sus respectivas patrias y como amigos de Jerjes; en la asamblea de la Liga Dórica, propiciada por los corintios, Arquidamo rey

de Esparta se opone a la iniciación de la guerra contra Atenas, pero precisamente a él le toca luego dirigirla con violencia extrema, conociéndose incluso por su nombre el primer período de la misma ("guerra arquidámica": 431-421); cuyo fin es marcado, en la batalla de Anfípolis, por la simultánea muerte del noble general Brasidas, convertido en propagandista liberal de la oligárquica Esparta, honrado por los propios enemigos, y del rabioso demagogo Cleón, metido a general de la democracia ateniense, flagelo de los propios aliados. Y, para no continuar hablando de figuras menores, recordemos ahora la pareja impresionante de los antagonistas centrales de este trágico drama: Nicias y Alcibíades. Nicias, patriota intachable, pero prudente, contemporizador, pesado, permanente abogado de la paz, conociéndose incluso por su nombre el segundo período de la guerra (la "paz —caliente— de Nicias": 421-413); Alcibíades, niño bien, ególatra, fanfarrón, pero de brillante talento tanto político como militar, incesante instigador de aventuras bélicas. Quiso la suerte que al primero le incumbiera conducir hasta su término desastroso la por él desaconsejada expedición ateniense contra Siracusa; y que el segundo, en cambio, ardiente sostenedor de la misma, antes de llegar a Sicilia, hubiera de refugiarse en la ciudad de Esparta, promoviendo desde allí, con su doble consejo de mandar refuerzos a los siracusanos y de re-ocupar el fuerte de Decelea frente a Atenas —hecho que debía dar su nombre al tercer período de la guerra ("guerra deceleica": 413-404)—, el vuelco de la fortuna dentro de esa expedición siciliana (415-413), pues hasta la llegada del espartano Gilipo al mando de una flota corintia Siracusa se veía perdida e incluso, en fin de cuentas, la peripecia de la guerra entera. Aunque también es verdad que durante la guerra deceleica levantóse una vez más el poder naval ateniense, merced a la habilidad del mismo Alcibíades restaurado en su antiguo rango; pero este último retardo y vuelco semifinal de la fortuna (para bien) —nos referimos a la victoria ateniense de las Arginusas no aprovechada por los vencedores sino, muy al contrario, conducente a la ejecución de los almirantes victoriosos— ya no se hallan incluidos en la historia tucididea, trunca —según se afirma, por accidente de su autor— a partir del año 411.

6. Mas no nos compete aquí relatar hechos por demás conocidos, sino señalar, al lado de la concepción dialéctico-dramática fundada en la dialéctica inmanente a aquellos hechos mismos, la técnica dialécticodramatúrgica de que *Tucidides* se valía, y que era la erístico-sofística de reciente importación y elaboración en Atenas. De acuerdo a la tradición filosófica procedente de los *Heráclito* y *Parménides* (dialécticas respectivamente "objetiva" y "subjetiva"), los *dissói lógoi* (argumentaciones dúplices) permitían enfocar cada cuestión desde dos ángulos de vista opuestos. Dicha técnica, adoptada en medida creciente por los poetas trágicos —y, naturalmente, los cómicos— se hallaba pre-

conizada, por supuesto, en la epopeya homérica donde ya encontramos despuntes de un sistema "triádico" consistente en tesis-antítesis-síntesis (por ejemplo, el debate triangular Aquiles-Agamenón-Néstor en el primer canto de la *Iliada*). A nuestro modo de ver, no puede explicarse el descubrimiento genial por *Tucidides* del método discursivo como expediente para esclarecer la realidad psicológica subyacente a la de primer plano, sin relacionarla con su concepción dramática de la historia. Para *Tucidides*, la realidad aparente es constituida por los *érga* (obras, hechos), cuya averiguación y recolección meticolosas brindan la premisa indispensable para penetrar, por medio de una investigación introspectiva, al *lógos* que —no necesitamos reiterarlo— significa en griego a la vez "razón" "palabra" y "discurso". El *lógos* le ofrecía al historiador la posibilidad de poner en su sitio verdadero (a-lethés = no oculto) a los acontecimientos aparentes; sobre la técnica respectiva se expresa del modo siguiente (1, 22, 1-2): "Cuanto, por un lado, en discurso (*lógos*) dijo cada orador, sea para entablar una guerra o ya estando en ella, era difícil recordar la exactitud misma de lo hablado tanto para mí que lo había escuchado personalmente como para aquellos que me lo referían de alguna otra fuente; sino *tal como me parecía* haber dicho a grandes rasgos cada orador lo necesario acerca de cada respectiva actualidad, y ateniéndome lo más fielmente posible al sentido total de lo verdaderamente hablado, así está consignado. En cambio, los actos (*érga*) realizados en la guerra no consideré bien escribirlos en base a informaciones fortuitas, ni *tampoco como a mí se me antojaban*, sino indagando en detalle con la mayor precisión posible lo que yo mismo presencié y de los otros supe". Sin precedentes, pero también sin consecuentes son los discursos atribuidos (o, mejor dicho, adjudicados) por el dramaturgo *Tucidides* a los distintos personajes en las ocasiones distintas; las partes concluidas de su obra no contienen menos que 45 discursos directos, debiéndose presumir que, en las inconclusas, todos los indirectos y tal vez ciertos documentos constituyan oraciones "en bruto" (semifabricadas). Lamentamos no disponer del tiempo necesario para hacer resaltar la esencia de los principales discursos antagónicos; no debe de haber quien niegue que el historiador ha derrochado en ellos su admirable ingenio artístico-etopéyico como escultor de caracteres individuales y colectivos, proyectados sobre el contrafondo de problemática privada y pública. Ahí se materializa de veras el citado precepto aristotélico del "decir... lo que podría haberse dicho según verosimilitud o necesidad" pero no menos aquel otro e importantísimo de que "los asuntos (*prágmata*) y el argumento (*mythos*) son la finalidad (*télos*) de la tragedia", de manera que en ella los personajes "no actúan para imitar los caracteres, sino obtienen sus caracteres a través de la acción (*diá tes práxeos*)" (Poética 6). Precepto importantísimo: porque ni a un dramaturgo ni a un historiador serios le interesa un personaje primariamente por sus par-

ticularidades biográficas o —peor aún— psicosomáticas; tal curiosidad morbosa pertenece de lleno al ámbito de los anecdotarios frívolos. Al igual que en el teatro sofocleo, actúan los personajes en el teatro histórico creado por *Tucidides* en función de los intereses y los conflictos que ellos encarnan, representan, simbolizan; y sólo por medio de la acción no ya muestran, sino recién obtienen cada uno su carácter. Hablando por una vez a lo *Toynbee*, las historiae personae tanto como las dramatis personae interesan propiamente, en calidad de paradéigmata, en su modo de “replicar” a los “desafíos” de la situación que en cada caso se les va planteando.

7. Esto, lo “paradigmático”, nos lleva al trillado problema de la historia maestra, la historia como maestra. La edad helenístico-romana y, pisando en sus huellas, la cristiana hasta el siglo XVIII pensaban grosso modo lo que enuncia *Polibio* (1, 1): “. . . porque ninguna manera de corregirse es para los hombres más procedente que el conocimiento de los sucesos históricos del pasado. Por eso no sólo algunos, ni incidentalmente, sino casi todos los historiadores, se podría decir, del principio al fin de sus obras han afirmado que la enseñanza extraída de la historia es la más eficaz instrucción y la preparación más infalible para la vida política, mientras que el recuerdo de los reveses ajenos es el maestro más adecuado, y hasta el único, para enseñar a soportar noblemente los cambios de la fortuna”. Es decir que la historia nos proporciona ejemplos (paradéigmata) útiles para ajustar nuestra conducta a la más conveniente vida de relación (social: politiké) e individual (estoicismo). Deja en oscuro *Polibio* por cuál razón espontánea y por cuál proceso psicológico nos obliga la historia a aprender. Pasemos a la introducción de las Historias de *Herodoto* (1, 1): “Esta es la presentación de la investigación de Herodoto de Turios, para que ni lo producido por los hombres se borre con el tiempo, ni queden sin resonancia grandes y admirables obras, exhibidas unas por helenos, otras por bárbaros, y en especial por cuál causa se pusieron a guerrear los unos contra los otros”. El padre de la historiografía ostensiblemente no pretende que la historia enseñe, sino quiere —a guisa de cronista— conservar los sucesos comunes y —a guisa de poeta— glorificar los hechos maravillosos de los hombres investigando empero la causa de la guerra entre Asia y Europa. El suyo se diría comparable al triple proceso de los iniciados en los Misterios: myesis (cierre de los ojos) para reconcentrarse sobre los sucesos pretéritos; epoptéia (mirada hacia los objetos sagrados) para admirar con emoción lo milagroso; y epiphanía: aparición triunfal de la hasta tanto oculta verdad. El ejemplo nos lo da, en este caso, no tantø la Historia como el propio historiador; ejemplo seguido desde entonces por innumerables investigadores, quienes primero han reunido su material de estudio, luego han admirado los fenómenos aparentes y, al final, corrido el velo de su naturaleza escondida. Contra *Herodoto*, ahora, parece

estar dirigido el siguiente párrafo célebre de *Tucidides* (1, 22, 4): “Y para el auditorio quizá lo no fabuloso de los hechos expuestos parecerá algo falto de gracia; sin embargo, para cuantos quieran examinar con precisión tanto lo ya sucedido como lo que podría a su vez suceder en el futuro, según la naturaleza humana, de manera similar y aproximada, ellos resultarán suficientes para ser juzgados provechosos: pues una adquisición para siempre (ktêma es aiêi), antes que una pieza de competencia a ser escuchada en el instante, se halla aquí compuesta”. El autor ateniense, es cierto, rechaza la idea de entretener con cuentos fantásticos a un público ingenuo, atribuyéndola tácticamente a sus antecesores; pero si, por el otro lado, parece coincidir con *Polibio* en reivindicar la utilidad de los hechos históricos, deberá repararse bien en el matiz de la analogía humana. A diferencia de *Polibio*, *Tucidides* no afirma que esos hechos en sí sean instructivos para regular nuestro comportamiento público y privado, sino que gracias a su método propio de examinarlos (skopêin) resultarán educativos como concepción de un conjunto verosímil de sucesos humanos interpretados sub specie aeternitatis, y como tales —al igual que los dramas del culto dionisiaco, con su efecto purificador (catártico)— un acervo adquirido para siempre por el espíritu avizor y plasmador del intérprete, de clásica actualidad.

Más que a los griegos del siglo de su apogeo, nos acosan a nosotros hordas bárbaras propensas a burlarse de aquéllos, de su número tan reducido, de la insignificancia territorial de su país. ¡Cuánto ruido —nos dicen— metéis los humanistas con los 300 pobres lacedemonios que murieron en las Termópilas, hace dos milenios y medio, cuando hoy en guerra y paz son segados millones de vidas! ¡Qué importancia exagerada asignáis a los poquitos kilómetros que mediaban entre Esparta y Atenas! No obstante: de los pleitos de esos pocos que con poco se alimentaban en tan poco territorio, extrajeron unos pocos intelectos tantas y tamañas conclusiones que los sucesos dramatizados por ellos han quedado hasta la fecha como una adquisición, más que perenne, imprescindible, si deseamos triunfar sobre la barbarie en el Maratón y la Salamina que se acercan.